

Agradezco la oportunidad de este encuentro que nos da la oportunidad de reflexionar sobre un momento de enorme importancia para el futuro de América Latina y el Caribe y la inserción de esta región en los nuevos mapas donde se están configurando las relaciones internacionales de este siglo XXI.

Nuestra reunión tiene lugar en la víspera de la cuarta reunión de gobernantes de América Latina y el Caribe-Unión Europea, que se celebrará en Viena los días 12 y 13 de mayo, con el tema "Fortalecimiento de la asociación estratégica birregional".

¿Cómo llegan los latinoamericanos a esta reunión?

¿Cómo llega Europa a esta cita?

Los europeos dicen – y los leemos en diversos medios estos días – que nuestro continente se sienta a la mesa viviendo una de sus crisis más profundas, con serios quebrantamientos en sus proyectos de integración y en sus visiones políticas comunes. Y podrán señalar lo que ocurre en la Comunidad Andina tras el retiro de Venezuela o las dudas sobre el futuro del MERCOSUR tras la nacionalización de los recursos petroleros en Bolivia o la aguda tensión entre Argentina y Uruguay por las plantas de celulosa en territorio uruguayo, junto a otras diferencias.

Los latinoamericanos, claro, también pueden decir: señores, ustedes tampoco se han quedado atrás en esto de las crisis. Ahí está la situación registrada en Francia, la tensión electoral vivida en Italia, el debilitamiento del gobierno inglés o las desconfianzas y enfrentamientos que afloraron el año pasado en la Cumbre de Bruselas cuando no lograron un acuerdo sobre el presupuesto comunitario.

Pero hay dos realidades que allá y acá persisten y que debemos remarcar.

Allá y acá los ciudadanos están respaldando la democracia como la vía de buscar soluciones a las demandas esenciales de sus sociedades. La gente vota y lo hace con una participación y lealtad democrática creciente. Allí están los ejemplos de Bolivia, Chile o Perú como referentes inmediatos.

Pero también allá y acá, los ciudadanos esperan que la democracia nos les de la espalda y responda a sus demandas. Y cuando eso no ocurre vemos como los ciudadanos buscan la calle para hacer oír su voz.

Existe, sin embargo, una gran diferencia: la Unión Europea ha configurado instituciones sólidas y permanentes, capaces de dar cauce a las crisis y buscar caminos alternativos hacia el gran proyecto común. El mejor ejemplo es la forma como todo el sistema comunitario reaccionó ante el rechazo mayoritario de los ciudadanos a la propuesta de una Constitución Europea. Fue un llamado de atención a poner las instituciones a un ritmo acorde con la emocionalidad política del continente.

Entre nosotros las cosas no se dan fáciles. Hace veinte años, los gobiernos democráticos de México, Venezuela, Panamá, Colombia, Brasil, Argentina, Perú y Uruguay suscribieron en la antigua capital brasileña la "Declaración de Río de Janeiro". Alentados por el progreso alcanzado en la búsqueda de la paz en Centroamérica, estos ocho países se dieron a fines de 1986 para fusionar el Grupo de Contadora y el Grupo de Apoyo, y crear un mecanismo permanente de consulta y concertación política. Otros se fueron sumando con entusiasmo a la idea. Veinte años después, debemos reconocer que frente a un mundo cada vez más globalizado ese mecanismo se ha tornado débil y no hay mucha "concertación política".

MERCOSUR es un nombre inscrito en el imaginario político internacional con mucha fuerza. Se le ve y reconoce no tanto por lo que es sino por lo que se supone llegara a ser. Siempre que estaba fuera de mi país me preguntaban por el presente y el futuro de MERCOSUR. Y nunca ha sido fácil explicar sus asimetrías y la falta de avances hacia un gran proyecto mayor, un proyecto capaz de ir mucho más allá de la unión aduanera.

Uno de los proyectos más recientes ha sido la puesta en marcha de la Comunidad Sudamericana de Naciones. No necesito remarcar ante ustedes la preocupación con la cual vemos ese proyecto tras los acontecimientos de las últimas semanas. No es con intervencionismos electorales de un país en el otro, ni con decisiones mayores tomadas sin el conocimiento de tu socio, ni con ausencia de diálogo frente a proyectos de desarrollo en zonas fronterizas, ni con la palabra "traición" usada como forma de calificar las decisiones de otro país, no es con todo eso que se forma una comunidad.

Sin embargo, este tiempo debe ser entendido en sus raíces más profundas. Y allí está la forma de entender como vamos a construir nuevas relaciones hacia adentro y nuevas relaciones con el resto del mundo.

Los países latinoamericanos y del Caribe comparten un espacio geográfico y, en muchos sentidos, una gran matriz cultural. El engaño está en pensar que allí están las bases de la integración política y económica del continente.

Lo que en verdad tenemos es la coexistencia de países muy diversos y con intereses muy distintos. Por cierto, el reconocimiento a los valores democráticos y la necesidad de lograr formas de crecimiento económico que lleven a mayor desarrollo social está en las grandes metas de todos. Pero las estrategias por donde se camina hacia esas metas o por donde se quiere avanzar son muy diversas.

Si miramos las dos grandes economías del continente – México y Brasil – encontramos la presencia de estrategias distintas, que en ambos casos son válidas: uno mira hacia la integración en la economía externa, a tener presencia en los grandes mercados, porque de ello depende su crecimiento; en el otro, su mayor mercado está en el interior y el comercio con el mundo ronda el 30% de su PGB.

Los dos socios menores de MERCOSUR – Paraguay y Uruguay – saben lo que significa su condición de asimetría frente a los otros dos grandes socios. Y es lógico que al no encontrar las respuestas deseadas para su desarrollo económico busquen acelerar su inserción en la economía mundial. Así es como debemos entender las negociaciones de Uruguay – ayer con un presidente de derecha y hoy con un mandatario de izquierda – por lograr un Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos. Y es la misma mirada que cabe tener frente a las estrategias asumidas por Perú, Ecuador o Colombia, tres países que, más allá de compartir los Andes, están con desafíos políticos y económicos distintos.

¿Cómo leer todo este escenario de diversidades mayores?

A mi juicio, podemos colocar el análisis en dos ejes principales:

1. el desafío de energía e integración.
2. el desafío de democracia y crecimiento.

Cuando vemos la realidad continental desde el primer punto de análisis es lógico que uno se pregunte: ¿Se van a dividir las relaciones en la región entre aquellos que tienen petróleo y los que no lo tienen? ¿Se van a definir las influencias a partir de las grandes reservas financieras que el mercado de los hidrocarburos y otros recursos pueden generar?

MI posición es que el tema de la energía puede constituirse en un escenario de integración si en ello se siguen políticas sumatorias y no de dominación. Cuando hablé de un anillo energético para la América del Sur lo hice pensando en la perspectiva de integrar los diversos recursos. Unos países son ricos en gas, otros en gas y petróleo, otros, como Chile, tienen grandes reservas de recursos hídricos. Unos tienen fuerte demanda de energía eléctrica en verano, otros la requieren en invierno, como es el caso de Argentina y Chile.

Si se piensa en conjunto, si todos colocamos lo que tenemos sobre la mesa, hay una posibilidad concreta de integración. El tema es poner los ojos en las realidades del siglo XXI.

Entre el 2000 y 2001 mis diálogos con el Presidente Banzer, de Bolivia, nos llevaron a tener muy avanzado un diseño que permitiría a Bolivia sacar su gas por una planta instalada en el litoral de Chile. Sería una planta con plena administración boliviana, en territorio que por cierto se mantenía con soberanía de Chile, pero que haría posible que Bolivia exportara su gas licuificado a México, donde sería gasificado de nuevo para su comercialización en este país y Estados Unidos. En definitiva aquello fracasó porque no predominó una visión de siglo XXI, sino predominaron los resabios del siglo XIX.

El otro eje de análisis es aquel donde se ubican "democracia y crecimiento".

Los países latinoamericanos han demostrado su vocación democrática en diversas instancias. Es allí donde se deben definir las propuestas de futuro. Las doce elecciones desplegadas en el continente entre noviembre del 2005 y diciembre 2006 son una demostración plena de ello.

Y las campañas – como ustedes bien lo saben – traen hoy el debate profundo de dos cuestiones fundamentales:

¿Cómo hacemos para que un crecimiento económico serio y responsable, se convierta en políticas efectivas de desarrollo social abriendo nuevas oportunidades para los más postergados?

¿Cómo nos comprometemos, como país, a luchar por una globalización con reglas justas y donde nuestro crecimiento no sea vea sofocado por situaciones de poder?

Ambas cuestiones están desafiando a los sectores políticos de todas las tendencias. Es allí donde la democracia en el continente se juega su legitimidad. La gente no sólo quiere votar libremente – lo cual de por sí ya es importante – sino también espera que la democracia le de respuestas a sus sueños de ser persona.

La gente lo quiere, porque advierte los avances que se han logrado, pero mucho más por los avances que cree posibles. Creo que la semana pasada el Presidente Lula lo dijo muy bien, al hablar ante empresarios y trabajadores del continente. Allí señaló:

"Nosotros vamos percibiendo un avance sistemático en la conquista de espacio para los trabajadores, para la democracia, para las mujeres, para los indios y para los negros. Y eso, muchas veces, no depende siquiera de ser gobierno de izquierda o de derecha, depende mucho más del ser humano , de su sensibilidad

humanitaria, depende mucho más del legado que pretende dejar para aquellos que vienen después de nosotros. Y ello requiere, entre otras cosas, que nuestra economía tenga un crecimiento duradero”

Ese crecimiento pasa por una comprensión real de las transformaciones que se están registrando en el escenario internacional.

Hemos llegado a un tiempo donde – aunque hagamos bien nuestras tareas al interior de nuestros países – las condiciones externas pueden colocarnos variables que están más allá de nuestra capacidad de decisión.

A mi juicio la única respuesta que tienen países como los nuestros es reforzar el sistema multilateral. Por eso nos preocupan los avances precarios o mínimos que se están dando en la ronda de la Organización Mundial de Comercio.

Como sabemos, los 150 países de la OMC no lograron sus objetivos previstos para el 30 de abril en agricultura y bienes industriales. Ahora, tras la reflexión sobre ese fracaso, los ministros parecen dispuestos a intentar acercar sus posiciones para lograr un acuerdo entre junio y julio en agricultura y bienes industriales, para dejar tiempo suficiente a la negociación que se desarrolla en servicios.

Los negociadores saben que para terminar la Ronda de Doha a finales de 2006, todos los acuerdos sobre los asuntos sobre la mesa tienen que estar concluidos el 31 de julio próximo. Sólo podemos decir: ojalá.

Sin perjuicio de lo que allí se logre, tenemos otros foros donde actuar. Doy gran valor a lo que significa APEC donde México y Chile, junto a Perú, están comprometidos en un esfuerzo mayor por el libre comercio y la integración de los avances científicos y tecnológicos. Todos sabemos el peso que tienen varios socios partícipes de este foro. Para países como los nuestros es la oportunidad de avanzar, debatiendo cara a cara, las condiciones de desarrollo de la economía mundial.

Allí están China, Estados Unidos, Japón y Rusia, por señalar a algunos. En una audiencia como ésta no requiero entrar en detalles sobre el significado de China en la economía mundial.

Pero si es importante remarcar que la demanda de recursos generada por el crecimiento constante de China es posible que genere una situación de largo plazo en los precios de diversos recursos naturales y que tengamos que aprender a diseñar los desarrollos económicos con altos precios en el petróleo, en el cobre y en otros recursos.

Del mismo modo debemos entender la trascendencia de las conversaciones recientes entre Estados Unidos e India. Allí también se ha puesto en marcha un proceso transformador profundo. Y en este caso estamos hablando de la democracia más grande del mundo, con una población de 1.100 millones de habitantes, de los cuales casi la mitad habla inglés y con un sistema educacional que les ha colocado a la cabeza de los desarrollos digitales y de otro carácter científico y tecnológico.

Digamos también que se ha abierto una puerta de alcances mayores sobre el tema energético cuando Estados Unidos e India han alcanzado un acuerdo en el campo de la energía nuclear para uso civil. UN primer paso se dio durante la visita del primer ministro indio Manmohan Singh a Washington en julio de 2005. El segundo paso, sobre el cual debemos poner toda nuestra atención, se dio en el acuerdo sobre la separación de las instalaciones civiles y militares de la India alcanzado en marzo cuando el presidente de EEUU George W. Bush visitó Nueva Delhi.

¿Estamos trabajando en América Latina en entender todos estos fenómenos y asumir, como en el caso de la India, un proyecto de desarrollo mayor donde concurren con igual energía los sectores público y privado?

A mi juicio, la tarea aún está en los comienzos. Desde el ámbito empresarial creo que el desafío principal para entrar bien al siglo XXI, es un compromiso de aporte al desarrollo científico y tecnológico lado a lado con el sector público.

Todos tenemos que estar allí. Todos tenemos que buscar entregar un sello de calidad a los productos con los cuales este continente entre a su relación con el mundo.

Más conocimiento, más democracia, más cohesión social: esas son las claves de nuestro futuro.